

PABLITO Y LA COPLISTA

Pablito en su bañera, con el agua hasta la barbilla. Pablito haciéndose el muerto. Coge su patito amarillo de goma y su esponja de coral. Juega con el agua, con un mar azul cristalino. Pablito posa sus ojos en las pequeñas olas y suspende sus pensamientos en la profundidad del mar. Unas notas cantadas por un piano entran por la ventana. Pablito y La Coplista; su anciana vecina recordando su pasado, reviviendo sus glorias. Las notas comienzan a saltar por las olas como caballitos de coral. La copla se diluye en el agua. Pablito deja correr sus ojos, deja correr su imaginación por la copla que canta en el agua; el agua, la copla, la bella anciana, el piano y su imaginación que, como una Caja de Pandora, guarda todo y cierra con la llave de su entrecejo fruncido. El piano deja de cantar. La anciana coplista toca a la puerta. Abro la puerta y se corre el telón del teatro; en el centro, la anciana coplista con cabeza de plata. La voz distinguida, los ojos me examinan de arriba a bajo y ese cumplido suena a entrega de testigo, a espejo en el que la anciana musa se redescubre. La cabeza de plata desaparece del teatro y una pequeña cabellera oscura ocupa el escenario. "El amanti constanti" de Mozart

comienza a sonar. Pablito canta, mirándose al espejo del baño, imitando a un forzudo de circo. La Coplista, La Mujer de Negro y Pablito en un viaje sin retorno a lomos de la copla por el mar de la existencia.